

HUMANIDAD

NUEVA

SOCIOLOGÍA - ARTE - EDUCACIÓN

PUBLICACIÓN DEL ATENEO POPULAR



Raquel Camaña

Distinguida educadora y pensadora argentina

† 21 de Octubre 1915

A Raquel Camaña

A la dulce y noble figura cuyo paso fué tan fugaz, al fuerte y generoso espíritu que hablando sabido darse y crear no ha muerto, a la amiga, a la colaboradora dedica el Ateneo Popular este homenaje.

DIRECTORA: ALICIA MOREAU

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: ESMERALDA 983 - BUENOS AIRES

"HUMANIDAD NUEVA"

REVISTA MENSUAL.- ÓRGANO DEL "ATENEO POPULAR"

FUNDADA EN 1908 POR E. DEL VALLE IBERLUCEA

SOCIOLOGIA, ARTE, EDUCACIÓN

Año VII, N. 10, Tomo VIII - Octubre de 1915

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

ESMERALDA 983

BUENOS AIRES

Directora: ALICIA MOREAU

REDACCIÓN: Ciencias Sociales y Jurídicas, Dr. José A. Mouchet. *Notas Internacionales*, Guido Anatolio Cartey; *Notas Bibliográficas*, Dr. Juan Chlabra, Dr. Enrique Mouchet.

Administrador: ÁRMANDO MOREAU

SUMARIO

Raquel Camaña — Francisco P. Súnico.....	Pág. 409
Discurso del Sr. José B. Zubiaur.....	> 412
La mentira vital — Raquel Camaña.....	> 415
Discurso de la Sta. Jole Caballero.....	> 430
La cuestión sexual — Raquel Camaña.....	> 433
Discurso de la Sta. Carlota Addor.....	> 449
Higiene psíquica — Raquel Camaña.....	> 462

SUSCRIPCIÓN ADELANTADA

Por un bimestre \$ 1.00 m/n. — Por un año \$ 5.00 — Número suelto \$ 0.50
En Montevideo: por un año \$ 2.20 oro. — Número suelto \$ 0.20 oro

Los giros deben enviarse á nombre del administrador:
Armando Moreau, Esmeralda 983

RAQUEL CAMAÑA (1)

La señorita Raquel Camaña, mi amiga, a la que me ligaban vínculos de admiración consagrados por una lealtad sin límites y una bondad inagotable que ella poseía y usaba a manos llenas con sus amigos, ha caído en la muerte después de luchar cuanto no es decible, entre escollos y amarguras resignadas, para defender su existencia al único fin de consagrársela al progreso moral y social del pueblo. Ella amaba realmente con su gran temperamento cultural a esa parte de la humanidad que no bien nace ya vive mano a mano con la paciencia y la tolerancia y que no participa de iguales derechos a la luz, al aire y al amor mismo que otros seres colocados más arriba, en la escala artificial de esta sociedad de nuestros días.

La pobre muerta, que yo lloro como si fuera mi hija, con lo que quiero decir que era para mí más que una hermana, amaba ese pueblo y hubiera querido, en una hora de suprema felicidad, abarcarlo en sus brazos y estrecharlo fuertemente para transmitirle el sentimiento infinitamente solidario de su amor. Pero es que el amor de esa criatura era un exquisito sentimiento más que de confraternidad, señores, un sentimiento de felicidad; "un límite de alegría, siquiera, sabía decirme, con la que el niño se críe y se poseione de la vida, cual lo hacen especies que siendo inferiores a él gozan durante su infancia venturas de primavera que no todos los niños disfrutan".

Así se explica que ella no quisiera alambicar sus grandes doctrinas de moral fisiológica en el ambiente de las máximas líricas, poco menos que bíblicas para cualquier tiempo, y que algunas, brotadas de las más

(1) Palabras pronunciadas en el acto del sepelio de los restos de la señorita Raquel Camaña.

puras inteligencias, no han hecho dar un paso a la reparación de las injusticias sociales.

Pero la señorita Camaña era una mujer ardiente para el amor supremo a la humanidad y fría como un naturalista para construir sus concepciones. Ella pensó que la educación sexual era la base de una transformación completa de los sistemas y de los sentimientos educativos, así como tenía fe ciega en la influencia purificante que la nueva escuela desarrollaría en las generaciones. Ella amaba y soñaba una remodelación social. Ella odiaba la mentira, la ficción, el egoísmo, que en el país hacen daño silenciosamente.

Del egoísmo decía: "¿Cómo pueden soportarlo, tolerarlo, sin sentirse conturbados, deprimidos, mutilados? ¿Qué virus maldito ha apeestado la sangre fecunda de nuestros redentores?..."

Su vigor moral era admirable. Jamás he contemplado con tal tristeza un organismo femenino más frágil, más endeble, más mal herido.

Su influjo sobre mi voluntad, sobre mi inteligencia, sobre mi ternura era tal, que por ella acepté la ruda tarea de colaborar en la organización del Congreso del Niño, aún protestando contra lo que yo creía el estéril sacrificio de siempre...

Con la doctora Lanteri, su amiga y su complemento de virtudes y de energías, ellas nos hicieron el congreso, de una pieza, una obra digna de ser reconocida, que ya el extranjero admira y que generaciones posteriores consagrarán alguna vez.

Pues bien; la señorita Camaña quiso hacer el congreso para dar pie de granito a la obra más grande que nos reclama el porvenir, señores, la protección legal, social, definitiva de las madres y de los niños que es igual o mejor que vivir la patria, porque jamás, nunca, habrá grandeza material, orgánica en una raza, en una sociedad donde los sentimientos de actividad y de asociación no tiendan a mejorar las condiciones de la especie

para optar al perfeccionamiento de la descendencia.

Y esas eran las ideas y los amores de la señorita Camaña, de esa mujer bien llamada y como nunca sublime, cuyos despojos seguirán la ley de las transformaciones de la materia, pero cuyo organismo vital humano ha desaparecido para siempre!...

Negra es la pena, señores, cuando alcanza a embargar el espíritu de los hombres viriles, pero verdaderamente es desolante que nos falte una ley biológica, según la cual lo más útil para la vida sólo perezca cuando haya quien lo reemplace.

Señorita Raquel Camaña: invoco el honor de los hombres, la ternura de los corazones, la razón de las inteligencias y la justicia humana, para que su nombre y su obra sean perpetuados, puesto que ha sido usted uno de los seres de más elevada jerarquía moral e intelectual que he podido observar en mi larga vida.

FRANCISCO P. SÚNICO



Discurso del Sr. José B. Zubizar

La Liga Nacional de Educación se asocia por mi intermedio al duelo del magisterio por el fallecimiento de la profesora, de la amiga, del miembro de su C. D., la señorita Raquel Camaña; y representada y representante lo hacemos, no sólo en cumplimiento de un deber circunstancial, sino porque las relevantes dotes de la extinta nos imponían la obligación de decir, ante esta tumba prematuramente abierta, cuán valeroso tesoro de inteligencia, de carácter, de fervor desaparece con ella.

Si hijas de Sarmiento pueden ser llamadas aquellas hermanas de caridad laica que él trajo de Norte América para enseñar en el departamento básico de las escuelas normales por él fundadas, nietas directas suyas son las que ungiéron aquéllas y, en especial, las que se iniciaron bajo la dirección enérgica, y amplia de Mary O'Graham, a quien conocí casi víctima de la insidia política en San Juan, a quien aprecié mejor en La Plata y a quien admiro después de muerta, pues dejó un reguero varonil y afectivo en alumnas que se han agrupado bajo la enseña de su nombre y realizan, a la sombra de él, obra altruísta y de compañerismo.

Culminaba entre éstas Raquel Camaña, que tenía la entereza y el fervor de Sarmiento en defensa del ideal educacional y racionalista; que tenía la varonil pujanza de su gran maestra Miss Graham, en su línea recta de conducta, en su desprecio por las ridículas convenciones sociales y que, en defensa de un feminismo sano, que no excluye el sondaje del organismo íntimo en que se incubaba el ser, ha ido hasta donde sólo el carácter puede llegar.

No hablaré de su inteligencia, porque ésta es don de la naturaleza que pule, adiestra y adapta la educación directa del hogar y de la escuela y la refleja de la sociedad, ni de la preparación que de ella surgía y facilitaron maestros de verdad y propias disposiciones.

Hablaré de su fervor y de su carácter porque apenas si es accidente éste en un gremio que se deprime a menudo hasta el punto de convertirse en pasivo rebaño porque olvida que su misión es romper con la herencia que inmoviliza y el ambiente que perpetúa el mandarinismo y servir al factor educación cuya función es impulsar hacia el ideal, y aquél, el fervor, se esfuma ante convencionalismos ridículos o beneficios que han de traducirse en satisfacciones materiales o de vanidad.

El *alma mater* de la acción del maestro, el fervor, era un imperativo tan categórico en la cerebración de Raquel Camaña, que sólo él explica por qué abandonando comodidades y regalonerías deja patria y hogar para buscar, ¡como Sarmiento, pues! luces y enseñanzas, en las viejas y modeladoras sociedades europeas y volver, más fortalecida en el ideal encarnado en la patria naciente, amplia y generosa desde su iniciación hasta su cimentación constitucional, para convertirse en su vocero autorizado y simpático en congresos, asociaciones, revistas, diarios y conferencias, irradiando su alma pero empobreciendo su delicado organismo en este noble afán de saturar a su pueblo de la verdad que bulle en su mente, mueve su corazón y llenaba sus grandes, dulces ojos azules verdosos de una llamarada de luz semejante a aquella que la leyenda pone en las sienes del elegido por la ansiedad humana para convertirlo en símbolo de un anhelo de dicha y de paz.

Sus compañeras de estudio, sus colegas, sus alumnas sobre todo, habrán sufrido a menudo el choque de esa electrización que explica el avance y desarrollo de todas las propagandas que responden, en la debida oportunidad, a la satisfacción de realidades o preparan el terreno para llenar aspiraciones y que explican por qué ciertos maestros, sin mayor competencia ni técnica, consiguen resultados asombrosos en su enseñanza. Es que el fervor es sugestivo y contagioso y Raquel Camaña era un reóforo transmisor de ciencia y de bondad cuando

su verbo y su gesto eran conjunción de su potente cerebro-inteligencia y voluntad, y de su corazón, todo dulzura.

Eso bastaba para hacer de ella la maestra ideal.

Era, además, la mujer fuerte que rompiendo vallas de inepticia y de convencionalismos, busca en la ciencia y en la conciencia sus inspiraciones. Aquélla le hizo decir en forma que debió herir susceptibilidades mojigatas, cuál debía ser el rol de la mujer, soltera, esposa o madre, en su convivencia con el hombre, no su dueño, como lo quiso la antigüedad tributaria de la fuerza ni le quiere la época moderna, amamantada en aquélla, sino la necesidad fisiológica, la emotiva y la económica, que iguala a los sexos, sin desmedro del papel que la naturaleza les ha asignado. Y lo que dijo al respecto con la varonil pureza de una Diana, acentuó en ella aquella condición sin la cual sería lujo estéril o peligroso, la inteligencia y puente de perdición la sensibilidad.

Su razón, fortificada por el estudio y la comparación de la sociabilidad embrionaria a que pertenecía y la antigua sociabilidad europea y asiática que visitó, la llevó a despreciar el engaño de religiones que no resuelven misterios, ni acarrear consuelos, ni proporcionan felicidad, ni garantizan la paz y que ahora mismo, a la sombra de cruces y de medias lunas, ahogan en mares de sangre la civilización que creían basamentar.

Inclinémonos ante la maestra fervorosa, ante la mujer fuerte; imitémosla y para que su vida y su enseñanza se perpetuen entre las presentes y futuras generaciones, no olvidemos que le debemos el libro que recoja todo lo que ella dijo, que es casi todo lo que ella hizo, porque en su inteligencia se unían independencia y labor, fervor y carácter.

La mentira vital

La tragedia, en la vida, se origina al develar la inarmonía existente entre la "mentira vital" y la realidad.

Conviene deslindar, en la posible, "la mentira vital" — pseudo principio estimulante, ilusión falaz — de lo reservado al ideal, hijo y procreador de la vida.

Es ley de desarrollo humano el vestir la realidad, instintiva y por ello sabiamente, con velos de ilusión tanto más cambiantes y espesos cuanto más íntimamente relacionados están los hechos con lo esencial de la vida.

Así, ¿cuál acto biológico es más profundo que la generación y cuál ha sido y seguirá siendo el más poético, sagrado y humanamente idealizado?

Cuanto más hondas sean, en lo futuro, las raíces de la realidad en la vida, tanto más humanamente ideales serán las formas con que la imaginación se vestirá.

De ahí que el verdadero ideal, generado y nutrido por lo real, por la verdad humana, sea eternamente uno y vario a imagen y semejanza del hombre que lo sintetizó.

Entre el ideal humano y la realidad, no pueden jamás originarse inarmonías; ante el recuerdo, la fría razón llegará a despcjar cada acto de la belleza con que el instinto de conservación lo vistió, pero no dejará de reconocer que era atrayente apariencia, despertó deseos, diseñó apetitos, avivó energías, templó voluntades y orientó el todo hacia la conquista del ideal que no es más que la realización imaginativa del super-hombre, la visión profética del devenir humano.

Y como la idea es fuerza que tiende, en lo normal, a realizarse, no hará más que encauzar su energía para que realice, al objetivarse en acción, el tipo creado subjetivamente en ideal.

Así, con libertad relativa, cooperará en la evolución, la energía consciente del hombre: Producto de lo

ancestral, del medio y de la educación, pero el producto de conciencia más evolucionada, al elevar subjetivamente el tipo humano por medio del ideal, encauza la energía interna y facilita la posible objetivación de esa energía.

Lo ideal es a la evolución lo que la imaginación creadora es al artista: Muéstrale la inspiración, el mirage, la obra futura y la sola concepción de la belleza lo empuja a realizarla. Así, el hombre concibe idealmente el tipo evolucionado y la mujer lo realiza objetivándolo en el hijo.

Por acentuación de los caracteres específicos, la "involución", lo conservador, lo estático, lo femenino, se objetiva al procrear; mientras que la "evolución", lo avanzado, lo dinámico, lo masculino, se subjetiva al idealizar. El hombre, al cultivar las ciencias, las letras, las artes, va creando idealmente tipos humanos cada vez más perfectos.

El papel de la mujer, en la evolución, es doble. En relación con su complemento sexual, la mujer representa en el universo la pasividad; pero, en cuanto se trata de preservar o de defender los intereses de la raza, la mujer desarrolla una actividad prodigiosa.

La importancia inmensa que podía traer para la humanidad la comprensión de este doble papel de la mujer, comenzará a ser un hecho cuando el hombre deje de ver en su compañera tan sólo a la hembra y cuando la mujer, por la consciencia de sus deberes, se respete y se dignifique a sí misma conquistando, ante los demás, el derecho de ser considerada como un ser humano. Hasta ahora la mujer es género; sólo el hombre es individuo.

Cuando la pareja humana se complementa, el ideal de evolución que, hasta hoy, y con justicia, es puramente masculino se completará, a su vez, con la fase femenina.

Pero, completo en lo porvenir o incompleto en la actualidad, el ideal sano, hijo de lo real, es el incentivo

que lleva al progreso: es el alimento de los fuertes luchadores.

No así la mentira vital, la pseudo-religiosidad, ilusión falaz que sostiene a los débiles y cuya brusca ruptura de equilibrio con la realidad desorbita para siempre sus vidas.

Gregorio, en nombre del ideal, quiere restablecer el imperio de la verdad y, bruscamente, despierta a esos hipnotizados de la vida. Y, al verse histriones cuando se juzgaban héroes, decláranse vencidos para siempre, suicidándose, como Hedwige, o como Hilsmar, "llorando como mujeres lo que no supieron conquistar como hombres" (1).

La mentira vital — mitos, dogmas o prejuicios religiosos; falsas vocaciones científicas, artísticas o literarias; mimetismo social o político; falaces teorías o engañosas promesas que deforman y envenenan la inteligencia o la sensibilidad, extraviando la voluntad, tiene, como único vencedor en lo futuro, la educación integral humana y como paliativo actual, la lucha contra los prejuicios.

El dolor es el reactivo que nos proclama vencidos o vencedores de la mentira vital, es el cincelador de la psiquis: Así como hay plantas que, recién después de exprimidas, dan preciadas esencias, hay seres que deben pasar bajo la presión del sufrimiento para llegar a la verdad. Las dificultades, el fracaso, la adversa suerte son origen de fuerza, de disciplina y de virtud si perseveramos. Vencido el dolor, incorporamos a la nuestra, su fuerza de cuyo alcance nos damos cuenta al ver como paraliza, enerva, aniquila aquellos que caen bajo sus golpes. Pero nada se crea, nada se perfecciona sin él.

Cuenta un mito griego que Filemón daba el último golpe de cincel a su Júpiter, cuando una débil voz quejumbrosa hízose oír. Estupefacto, Filemón escuchó: El silencio era profundo. El artista volvió al cincel y la

(1) Ibsen: El Pato silvestre.

dulce y débil voz hízose oír de nuevo. Cada golpe del martillo sobre el cincel originaba un quejumbroso eco: Era el mármol de Paros que dejaba escapar, al crear, el gemido del sufrimiento divino.

Oid a Musset:

L'homme est un apprenti, la douleur est son maître et nul ne se connaît tant qu'il n'a pas souffert.

Conquistar el ideal y vencer el dolor, he ahí los dos polos por donde la vida pasa su eje de equilibrio.

“Sin el dolor, que es la cuerda de esta atrevida cometa, el hombre se elevaría demasiado pronto y demasiado alto y los escogidos serían como perdidos para la especie, como globos que, sin la gravitación, no volverían ya del empíreo”.—Amiel.

Pero así como aquel que bebió la pócima de la mentira vital—sobre todo bajo forma de prejuicios y en edad temprana—no reacciona ante el contraveneno de la verdad aquel que se extravió persiguiendo un ideal humano a medias y que, al darle alcance, tentó realizarlo, se asombra de los funestos resultados de su experiencia y comprueba que siempre un error es tanto más peligroso cuanto mejor sea la verdad que contiene.

Bourget, el novelista sutil y analítico en demasía, en la obra en que entona un “mea culpa”, en “El Discípulo”, plantea magistralmente las inesperadas y terribles consecuencias de una teoría, verdadera en su unilateralidad, falsa en su generalización. El tipo, Alejandro Sixto, es un filósofo de profesión, un manipulador de ideas, “un abstracteur de quintessences”, como diría Rabelais. En su juventud, ocasionóse una verdadera apoplejía de conocimientos positivos. Desde los 29 años escribió confinado en la soledad del pensamiento más integérrimo. Su poder de generalizar, unido a una amplia erudición, ofrecióle, en Filosofía, variedad de puntos de vista orientados todos hacia el más audaz nihilismo. Las ideas eran para él la única realidad existente: En ellas reflejaba la vida de todo lo creado. Las delicias que le proporcionaba su poten-

cia generalizadora lo hacían indiferente a todo lo que no fuera la vida interior. Lo abstracto era lo real, y apariencias las realidades cotidianas: "No hay misterio, no hay más que ignorancias". Recibía del mundo externo una impresión flotante que dejaba, en el sabio, reminiscencias vagas. Su única y potente memoria era la de las ideas. Hacía de sus doctrinas el centro del Universo.

Rompió con su familia "porque aquel que quiere conocer la verdad en el dominio de la ciencia psíquica debe reducir los lazos sociales a su minimum de expresión". Siguiendo a Spinoza, no practicó la caridad, "porque, en un sabio que vive de acuerdo con la razón, la piedad es inútil y dañosa". Demostró experimentalmente en su "Ética" que el cristianismo, con su promesa de un padre celestial y de una vida futura, desarrolla en el hombre el desdén por la realidad, amenguando el valor para soportar las duras leyes naturales. Jamás leyó un diario, ni agradeció una crítica elogiosa. Su vida era tan ordenada como la de Kant, pues practicó la máxima de Descartes "el orden liberta el pensamiento".

Alejandro Sixto, esa austera filosofía en acción, ese negador de toda libertad, ese fatalista que descomponía la virtud y el vicio como un mecanismo, vivió en la más perfecta armonía de su corazón y de su inteligencia, ocultando a todos, hasta a sí mismo, su hermosa alma ingenua y buena. Su profesión era observar el corazón humano. Y, para observarlo mejor, se aisló en absoluto de la sociedad de los hombres. "Conocer experimentalmente el corazón humano es poder producir, a voluntad, tal o cual fenómeno reproduciendo sus causas: Una vez conocidas las condiciones exactas que originan determinada pasión, provocará a voluntad tal pasión en el sujeto". Lamentaba el que no se pudiera experimentar sobre los condenados a muerte; el tener que conformarse con las experiencias ofrecidas por la naturaleza y por la comunidad: "Los niños son los mejores

sujetos de experimentación. ¡Pero cómo hacer comprender la utilidad científica de provocar sistemáticamente en ellos ciertos defectos, determinados vicios!” Para nuestro filósofo, “crimen” y “virtud” eran palabras huecas, puro convencionalismo social “a veces útil, a veces pueril”. El bien y el mal, la belleza y la fealdad, el vicio y la santidad no eran más que objeto de simple curiosidad intelectual. Inútilmente buscaríamos un sentido preciso a la palabra “materia”. “Nada existe fuera de nosotros mismos. Sólo el *yo* es real”.

En su “Anatomía de la voluntad”, demostraba que todas las psiquis deben ser consideradas como experiencias ofrecidas por la naturaleza. Entre estas experiencias, unas son útiles a la sociedad: virtudes; otras perjudiciales: vicios o crímenes: “Estos últimos son los de mayor significación”.

En su “Teoría de las Pasiones”, dedicó 200 páginas al amor, páginas “d'une hardiesse presque plaisante sous la plume d'un homme vierge”.

Y el maestro consagró 30 años de su vida pura a adorar lo que él creía verdad entera, ante cuyo altar sacrificó fortuna, honores, familia, salud, amor, amistad.

Sus teorías unilaterales fueron elevadas a la práctica por Roberto Greslou, tipo humano degenerado que se aproximaba, por la casi absoluta intelectualización, al tipo creado por el maestro. El “discípulo” quiso realizar una vivisección sentimental en una joven a quien la desesperación arrastró al suicidio. Culpado, Roberto, de la ejecución del crimen, escribe al “maestro” pidiendo socorro: “Existe entre vos, maestro insigne, y yo, vuestro discípulo, acusado del crimen más infame, un lazo que quizás el mundo no sabrá apreciar pero que siento en mí, estrecho e indisoluble: He vivido de vuestro pensamiento y en vuestro pensamiento, tan apasionada, tan completamente, en el momento más decisivo de mi existencia”...

Y el “maestro” estremeceáse al leer la cita de cada

pasaje de sus obras: Parecíale que algo de su personalidad quedaba mancillado, enlodado, gangrenado: Veíase a sí mismo en ese vil "discípulo", pero veía su yo unido a los sentimientos que más detestaba. ¡Decir que su pensamiento, actuando, corrompía! ¡Aislarse en absoluto, suprimiendo en él al ser sentimental, para que la pasión no deformara su visión de la verdad, para ver, en la práctica, a sus teorías envenenando un alma, contagiándole un germen de muerte!

Precisamente, ahí estaba la culpabilidad, la responsabilidad del "maestro": en haber abogado, a sabiendas, su ser sentimental; en haber vivido unilateralmente la vida y, después de fabricar, en la soledad más absoluta de su único pensamiento, teorías de acuerdo con la razón pura, pretender generalizarlas, querer guiar la vida humana como si ésta fuera tan sólo vida de la inteligencia, como si el hombre no fuera un animal que piensa, que siente y que quiere con relativa libertad.

Las teorías unilaterales, cuanto más perfectas son, son tanto más destructoras. Inofensivas, en apariencia, dan desastrosos resultados. Llevan latente un germen de destrucción porque no es posible deformar substancialmente la naturaleza humana sin cortar en lo vivo, sin destruir lo que se opone a la realización de esos ideales abortados.

En vano buscaba consuelo el "discípulo" al clamar: "Puesto que todo es necesario, tanto en nosotros como en torno de nosotros, ¿por qué esta idea tan lúcida no destruye en mí el sufrimiento que me invade al recapacitar sobre mi vida". Tengo remordimientos, aun cuando mis doctrinas filosóficas, las verdades en que creo, las convicciones que forman la esencia misma de mi inteligencia, me digan que el remordimiento no existe. Dudo con mi corazón de lo que afirma mi cerebro. Por eso, acudo a vos, médico del alma: Dadme la clave de este enigma; decidme que no soy un monstruo; probadme que no me equivoqué al adherir mi íntima energía

de creyente mísero a la nueva fe que vos predicáis. Escribidme, maestro. Alentadme para que persevere en la teoría de la universal necesidad que justifica hasta nuestros actos más detestables, más funestos; que hace que, hasta mi premeditada tentativa de seducción, mi cobarde actitud al negarme a cumplir el pacto de muerte que Carlota y yo sellamos, depende del conjunto de leyes de este inmenso universo. Decidme que no soy un monstruo; que los monstruos no existen puesto que todo es necesario; que estareis a mi lado si salgo con vida de esta crisis suprema, que me llamareis aun vuestro "discípulo", vuestro amigo, vuestro hijo intelectual".

Ante este grito de dolor, Alejandro Sixto, el profeta de la universal necesidad, aquel que, aplicando la teoría de la evolución a los estados conscientes, demostró que nuestras sensaciones las más refinadas, nuestras delicadezas morales las más sutiles, así como nuestras más bochornosas caídas no son sino la última etapa de desarrollo fatal de un instinto simple; que el universo moral no es más que la conciencia dolorosa y estática del universo físico; que del determinismo universal dependen nuestros actos todos hasta los más crapulosos; ese filósofo que sostuvo que todo es necesario al alma hasta la ilusión de la libertad; que el porvenir cercano enciérrase en el presente como todas las propiedades del triángulo enciérranse en su definición; ese maestro que predicó que, si conociéramos la posición relativa de todos los fenómenos que constituyen el universo actual, podríamos calcular, con exactitud igual a la de los astrónomos, el día, la hora, el minuto en que Inglaterra, por ejemplo, evacuará las Indias; el lugar en que Europa quemará su último trozo de hulla; dónde tal criminal, aun por nacer, asesinará a su padre; dónde tal poema, no concebido aun, será escrito; Alejandro Sixto, el que repetía que la sociedad no puede prescindir de la teoría del bien y del mal pero que eso no significa más que indicar un conjunto de consecuencias útiles

a veces, a veces pueriles, sintió remordimiento a pesar de que su razón le gritara: "Cada cual no comprende más que lo que vuelve a encontrar en sí: Eres tan culpable de esa felonía como el químico que descubrió la dinamita es culpable de que los anarquistas la empleen en sus atentados".

Pero abordemos con Alejandro Sixto el problema de la responsabilidad. El "discípulo" planteóselo, con el de la libertad, al preguntarse: ¿El destino crea fatalmente nuestro pensamiento o, por el contrario, nuestro pensamiento modela nuestro destino?

Amiel, ese auto-disecador psicológico, contestóle: El hombre no es más que lo que llega a ser, pero no llega a ser más que lo que es—asignando, como límite a la libertad individual, forjadora de la personalidad, el determinismo externo: La causa interna concurrendo con la causa externa en todo acto humano. El hombre, relativamente libre, es responsable porque es un ser que razona, porque es un ser capaz de contribuir a forjarse a sí mismo.

Cuánta razón tiene Brunetière al afirmar que esos filósofos que osan atacarlo todo, que todo lo niegan son tan culpables como los que ponen en práctica sus teorías: Los sabios son responsables de los ideales que sostienen.

Verdad es que "no hay progreso sin la libertad absoluta del pensamiento y que la libertad implica el error". Pero la verdad es sana siempre que, en su busca, nos demos a ella por entero, con toda nuestra voluntad: Ni la moral, ni la sociedad, ni la humanidad pueden basarse en el error y en la rutina.

Ferri, defendiendo al "maestro", afirma que la ciencia no hace a los criminales: Por cierto mimetismo social, las teorías científicas en boga tiñen, coloran las tendencias de los degenerados, seres esencialmente sugestionables que se escudan tras de ellas.

Mucha verdad hay en esa afirmación, pero no es menos cierto que hay que condenar en la novela mo-

derna esa predilección por los casos patológicos, predilección que desde el "Werther", Flaubert, los Goncourt, Zola, hasta Bruzet ha originado, por contagio, tanta intoxicación literaria, poblando el círculo del infierno dantesco donde se encuentran "aquellos que durante la vida lloraron cuando pudieran ser felices".

Esos seres, cuya comprensión de la vida se limita e intensifica, creando, para uso exclusivo, un ideal y una moral que los justifica, son los "vibriones sociales", indicios de la descomposición orgánica de la sociedad, que Dumas (hijo) pinta admirablemente en "L'Étranger". Tienen por dogma:

"Il n'y a point de vertus ni de vices:

Sois tigre, si tu peux, pourvu que tu jouises".

En ellos, la mentira vital es una verdad parcial erigida en doctrina y llevada a la acción.

Hay otro género de fracasados en la vida y éstos lo son por falta de ideal y de voluntad necesaria para desearlo siquiera. Abúlicos, entregados al autoanálisis, no osan querer. Oid a Amiel: "Expío mi privilegio. Este privilegio es asistir al drama de mi vida, tener conciencia de la trágicomedia de mi propio destino, y, más que ésto, poseer el secreto de lo trágicómico mismo, esto es no poder tomar en serio mis ilusiones; verme, por decirlo así, desde la sala, en escena, en la existencia de ultra-tumba, y tener que fingir un interés particular por mi papel individual, mientras vivo en la confianza del poeta que se representa todos estos agentes tan impotentes y que sabe todo lo que ellos no saben. Es una posición extravagante, que se hace cruel cuando el dolor me obliga a volver a mi pequeño papel, al cual me liga auténticamente, advirtiéndome que me emancipo demasiado, cuando creo, después de mis conversaciones con el poeta, dispensado de desempeñar mi modesto empleo de criado en la pieza". "¿Cómo recuperar el valor para la acción? Dejando que vuelva algo la inconciencia, la espontaneidad, el instinto que apega a la tierra y que dicta el bien relativo y lo útil; aceptad,

sencilla y candorosamente, la condición humana; temiendo menos la pena; calculando menos; esperando más; esto es, disminuyendo, con la clarovidencia, la responsabilidad, la timidez”.

Sí, el auto-análisis psicológico, llevado hasta la raíz del deseo, del móvil, excluye, por su minuciosidad, el poder de ver el conjunto, la unidad del yo. El culto del yo convertido en idea fija es un síntoma de locura. Es infecundo considerar, tan sólo, el yo en sí mismo y para sí, aislándolo de la corriente de vida universal, olvidando que es ley fundamental de la existencia el intercambio, la irradiación y recepción de energía, el conocernos y amarnos para conocer y amar a los demás. Ante el movimiento perpétuo de nuestro mecanismo interior, busquemos la cadena sin fin que lo engrana con la sociedad y con el universo. No olvidemos que la vitalidad cuánto más intensa es tanto más expansiva, tanto más consciente, más feliz, más fecunda y duradera.

El autoanálisis morboso, ese disolvente de la personalidad, se exterioriza por la abulia. La acción sana es la coordinación del espíritu hacia un objetivo, es el equilibrio momentáneo del organismo que oscila alrededor de la vida, su movable centro de gravedad.

Schlegel sintetiza el estado de ánimo del abúlico por analizar demasiado el pro y el contra: “Los penetrantes cálculos que apuran todas las relaciones de las cosas y todas las posibles consecuencias de nuestros actos paralizan necesariamente nuestra facultad de acción.”

Además, esas naturalezas demasiado abstractas son sacudidas por verdaderas crisis pasionales. En ellas, la intemperancia desenfrenada del deseo trastorna, a veces, el ser entero porque la relación cotidiana entre la acción y el pensamiento está interrumpida.

El régimen a seguir con estos desequilibrados dotados de poderosa fuerza de abstracción sería el de procurar que amaran, ingenua, total, sanamente. El amor, irradiación de nuestra personalidad, restablece el equilibrio entre el sentimiento y la ideación concentrada, uni-

fica los procesos internos, crea un verdadero ideal humano, aumenta la energía, fuerza de resistencia en la lucha por la vida, permite, al ser superior intelectualmente pero aislado en razón de esa superioridad, adaptarse al medio y dominarlo en lugar de ser dominado.

En verdad, el pensamiento y el amor, las dos alas que Hugo presta al hombre, le permiten volar hacia el ideal. Pensar por pensar, desear por desear, agotan porque la vida es actividad realizada. "Ser es luchar, vivir es vencer"—según la fórmula de Le Dantec porque la esencia de la vida es el ejercicio de la fuerza.

Y la vida, como el fuego, no se conserva sino comunicándola, nos enseña Guyane, el angélico, quien agrega: El elemento activo de la conducta es la expansión de la vida: La superioridad del espíritu se basa en que éste realiza el máximum de *intensidad-extensiva*, de fuerza dominante.

Los pseudo-egoístas, aquellos que alimentan la mentira vital de que, desarrollando exclusivamente el yo acrecienta su fuerza—el verdadero egoísmo es la mayor virtud—encerrados en sí mismos, aíslanse, disminuyendo la propia energía al cegar la fuente del recambio eterno. Ese individualismo mal entendido es causa de debilidad. El pensamiento solitario del asceta está en capilla. Fuerza siempre replegada en sí misma, contra sí misma se aniquila.

Nietzche, en su visión, profunda si las hubo de lo subconsciente, intuyó la característica del hombre, esa cualidad combativa de su naturaleza, que permite establecer frente al principio: "el cuerpo se crea al espíritu como una mano de su voluntad", éste, tan bello pero más consolador: Imprimir al devenir el carácter del ser, he ahí el más alto grado de voluntad de potencia.

Y he ahí lo que diviniza la procreación humana.

Verdad en la que germina la del arribo del superhombre por consciente y voluntaria construcción interna, así como, en la verdad primera, está expreso el determinismo externo.

Ambas ideas se complementan: "Inclínate sobre tu propio pozo para ver brillar en el fondo las estrellas del cielo." Lo creado, crea a su vez. Desde la aparición de la conciencia, ha habido una causa relativamente libre que usó las fuerzas de la naturaleza para fines deseados. Pero esta causa interna, emanada de la realidad externa, determinada por ella, es la naturaleza toda volviendo a encontrarse al llegar a la conciencia.

Fouillée recoge lo sembrado por Renan y Guyau al decir: Las fuerzas, en acción en el mundo o en nosotros, cualquiera que sea su naturaleza intrínseca, concluyen por concebirse en nuestra conciencia y, al concebirse, transformándose en ideas, juzgan lo real, lo modifican, se convierten en ideas-fuerzas.

Y este esfuerzo consciente de elevar la espiral que sintetiza la evolución de la vida humana, tal cual nos es dado conocerla, abre ancho campo al ideal. El triunfo será de aquella ilusión vital que, en un momento preciso, adapte la energía interna a los fines incontrastables de la energía universal, armonice nuestra vida interior con la vida total. El libre desenvolvimiento de cada uno es y será la condición del libre desenvolvimiento de todos.

El ejemplo más nuestro, porque más nos duele, de como degenera un ideal por cristalización, lo proporcionan (1) "las virtudes cristianas al principio indispensables para corregir la virulencia del egoísmo nativo y contrarrestar los abusos naturales pero antisociales de los poderosos a fin de hacer posible la vida común; pero hoy nocivas a las sociedades caducas, excesivamente domesticadas y cuyos apagados ardores para la acción y la lucha piden más bien enérgicos revulsivos," predica Reyles en su hermoso libro "La muerte del Cisne".

Amiel señala, y con razón, que al escindir al hombre en interior y exterior; al mundo en tierra y cielo; al más allá, en infierno y paraíso, el cristianismo ha descompuesto la unidad humana: aún no ha digerido la

(1) C. Reyles - «La muerte del Cisne»

humanidad esta potente levadura. Todavía no se ha conquistado a sí misma; aún vive bajo la antinomia del pecado y de la gracia, del aquí abajo y del allá arriba.

¡Y pensar que a veces no basta el esfuerzo ciclópeo de toda una vida para desarraigar, en lo posible, esos prejuicios religiosos, mamados con la leche y cimentados con la primera educación!

¿No es humano el arrancar las mentes y los corazones infantiles al fúnebre lecho de Procusto de la educación pseudo-religiosa actual?

La ley que declare toda educación e instrucción obligatoria en las escuelas del Estado, y sólo en las del Estado, será una ley protectora de la infancia y, por lo tanto, de la humanidad.

Los estados de potencia creadora inspiran al hombre el sentimiento de que él es independiente de la causa, de que él es irresponsable del efecto. Así, la exaltación del artista en el momento de la creación es atribuida, aun hoy, a la inspiración, a ese algo externo que se posee de uno sin saber cómo. La conciencia de un cambio originado en nosotros sin que lo hayamos provocado, en apariencia, parece exigir una voluntad externa al yo: Es que, realmente, al crear, sea cual sea el objeto creado, la energía interna, intensificando su acción, nos lleva más allá de ese nosotros mismos que existía antes del momento de la creación. Esta es la evolución creadora.

De una manera semejante, la pseudo-religiosidad deprime el concepto de "ser humano": En los momentos en que el hombre conduce la línea ascendente de la vida, esa religiosidad divide en dos la causa del acto, dejando, para el hombre, la pasividad fácil y deprimente y para el dios personal, la actitud superior y estimulante.

Toda creación de un dios antropomórfico, toda idea de intervención divina ocasional, toda desorbitación de la conciencia, alucinándola con apoyos externos, no es más que una mentira vital, una alteración morbosa de la personalidad, basada en el sentimiento de miedo, de te-

rror ante la potencia inesperada del yo; alteración llevada hasta el desdoblamiento en los casos agudos de erotismo religioso, de histerismo beatífico o de éxtasis casi divino.

Las creencias, ideas o conclusiones acerca de una vida individual futura, engendradas por la necesidad de gozar, son ejemplos de falaz razonamiento imaginativo que va de lo conocido a lo desconocido pilotado por el sentimiento.

El peligro mayor de la mentira vital religiosa es que, como llena una necesidad humana aún no satisfecha por la ciencia; como equilibra, aunque momentáneamente y falsamente la línea de la vida, como engendra las grandes convicciones aparentes, se crea una lógica afectiva apropiada y domina inconscientemente a las multitudes.

Afortunadamente (Reyles "La muerte del cisne") la elección de la vida entre aquello que la propaga y robustece y aquello que la amengua y desvirtúa no puede ser dudosa: Lo bueno, lo justo, lo verdadero es lo favorable a la vida; lo malo, lo injusto, lo falso, lo que a la vida se opone.

¿Cabe esperar una nueva concepción religiosa de la vida, semejante al ideal cristiano, o una ilusión neo-romántica que surja del descreimiento como la pintada mariposa del gusano vil?, se pregunta Reyles.

Y, ante la duda de ese a quien creo escéptico porque mucho creyó, me atrevo a responder: Sí. Surgirá un ideal nuevo y no será "una de esas mentiras saludables que en otrora fueron propicias al interés vital para producir los espejismos encantados que daban a la existencia una razón de ser y le marcaban imperiosamente un derrotero."

Será un ideal hijo del instinto más potente, de aquel aún ineducado, del que rige la vida entera desde que por él es engendrada: Será el ideal, hijo del instinto de procreación, humana, integralmente orientado.

RAQUEL CAMAÑA

Enero.. 1911

Discurso pronunciado en nombre de la Escuela Normal de Barracas por la Sta. Yole Caballero

Buenos Aires, Octubre 22 de 1915

La vida ha pagado su contributo a la muerte.

Raquel Camaña, nuestra compañera, nuestra amiga, nuestra maestra de ayer, ha sido! Otra alma ha desplegado el vuelo hacia la luz, en busca del espacio que no tiene límite, hacia el tiempo que no tiene fin. A ella se abren ahora el infinito y la eternidad.

Todas las religiones, de todos los tiempos, de todos los pueblos, nos conceden este supremo consuelo: la fe en la inmortalidad. Y es en la hora de la prueba, en el momento en que vemos arrebatado a nuestro cariño un ser querido, cuando nos aferramos a ella con toda la energía de la desesperación. Hasta el ateo y el materialista ven claudicar en ese instante sus teorías más queridas, y abriendo una brecha a su obstinación, dudan! Dudan porque no les cabe creer. Felices los que creemos en ella.

Parodiando a Voltaire podríamos decir, que si la inmortalidad es fermentada, habría que inventarla para alivio de los que lloran, como acicate de los que luchan, para esperanza de los que aman. Y la razón en la hora suprema se une a la fe para justificarla, para convencernos de que la vida no puede ser el breve término que transcurre desde la cuna a la tumba.

¿Por qué el hombre lucha, sufre y se esfuerza?
¿Por qué ama, ambiciona, estrecha vínculos, forja ideales?
¿Por qué antepone la prosecución de sus aspiraciones o el cumplimiento de sus deberes, aún a la vida?

Es que el alma tiene la intuición de sus destinos, y sabe que es su patria el Universo en toda su inmensidad.

No blasfememos, pues en la hora dolorosa. Nada significan las imprecaciones ni los reproches a la divinidad o a la muerte.

Nuestra compañera, nuestra amiga, nuestra maes-

tra, ha cambiado su morada. No puede perderse el tesoro de un alma como la que lloramos.

¿Cómo conciliar el afán de justicia y perfección a que aspiramos, con la posibilidad de que tanto sentimiento de filantropía, de altruísmo, de abnegación; de qué tantas pruebas de fortaleza y de carácter; de qué tanta belleza de inteligencia, de pensamientos e ideales, se truequen en la nada con la muerte?

¡No! Hoy esa alma tan noble y bien templada ha de comprender la belleza de su vida breve — para desgracia de los que tanto la necesitaban — pero eficaz y brillante.

En su corta peregrinación ha dejado ejemplos para imitar, rumbos a proseguir, obras para terminar. El labrador se ha alejado, pero la semilla ya está echada en el surco. Algunas han comenzado a germinar. Los que con ella colaboraron las cuidarán para que el cierzo no esterilice su crecimiento, o el ardor de pasiones malsanas no las marchite.

Los que no pudimos conocer a Raquel Camaña sin sentirnos unidos por la simpatía o el cariño, por la admiración o el agradecimiento, hoy, en presencia de su cuerpo yerto, pero comprendidas quizá por su alma sensible y apasionada, desde lo más íntimo de nuestros corazones le tributamos el homenaje del dolor que nos causa su partida.

“Los muertos no son los ausentes, sino los invisibles”, ha dicho Víctor Hugo. Y, en la esperanza de que sus labios hayan dicho verdad, aquí vengo, en nombre de nuestra directora que le estimaba entre sus elementos más valiosos; en nombre del personal docente que te amó compañera y justipreció tus altas condiciones morales, el brillo de tu talento y la firmeza de tu voluntad, vengo a tributarte, Raquel, con el corazón lleno de sollozos y los ojos impregnados de lágrimas, nuestro saludo de despedida.

Humilde es el homenaje; pero es homenaje del al-

ma. Y al alejarnos de tus despojos helados, decimos a tu alma que los alentó: ¡hasta la vista!, y tu vida de estudio y de labor, sea para nosotros ejemplo constante del bien que merecen a la sociedad quien hace oriente de su vida el altruísmo, guía el estudio y finalidad la perfección!



La cuestión sexual

A la entrada del Museo de Historia Natural de París, un magnífico cuerpo plástico de anatomía muscular humana, atrae la mirada. Al principio, y durante largo rato, quizás, nos absorbe en su contemplación la inapreciable joya científica. De pronto, algo, no sabemos aún qué, desentonando en el conjunto, nos sorprende extrañamente.

Al cabo surge el detalle discordante: ¡Es la hoja de parra paradisiaca sobre ese Adán de mesa de disección!

Al lado de esta fase ridícula del prejuicio sexual, permitidme mostraros una fase trágica.

Visitaba, en Bicêtre, la sección de niños anormales. Después de recorrida toda, pasadas horas de horas entre esos pobres, miserables seres, llegué a la enfermería.

Miraba a un infeliz que, atado, como perro rabioso, al caño de la estufa, daba vueltas y vueltas gruñendo y babeando, cuando un gritito jubiloso, un “¡Maman!” lleno de amorosa alegría, me hizo volver. De pie sobre la cunita, rubio y rosado, los rulos ocultando a medias la cara sonriente, los bracitos tendidos hacia mí, un niño de dos años me llamaba.

—¡Pero ese no es un anormal! — dije, sorprendida, al médico que me acompañaba.

Vacilante, al principio, trémulo de indignación, después, me refirió el hecho: El niño, hijo de madre soltera, había sido criado como una bestezuela por campesinos bretones, que no le enseñaron a hablar ni a caminar; que le dieron sobras de no importa qué, desde que el pequeño pudo devorarlas. Así ingresó al servicio de anormales de Bicêtre, el vientre hinchado, las pierrecitas débiles y flácidas, sin saber dar un paso, sin hablar una palabra. En tres meses, alimentado humanamente, revivió.

—¡Y su madre lo oculta como un crimen! — me decía el médico de guardia.

¡Crimen crear, crimen transmitir la vida! Para mí tan sólo es criminal quien sabiéndose indigno de crear, crea. Pero ¿es acaso, crimen menor el deformar una vida, el atrofiar una inteligencia, embruteciéndola primero por culpable abandono y confinándola después entre seres deformes, monstruosos?

Hace pocos meses alguien, en Buenos Aires, despertó a la madre que dormita en todo corazón de mujer, llamando con la única voz que se oye, con la que se moja en lágrimas.

Fué la doctora Dellepiane al fundar su proyecto "La Casa de Madres". Creo, con ella, que allá, amparados la madre soltera y el hijo, contrarrestarán la ley, la familia y la sociedad que los excluye. Creo que el hecho, lo ya producido, lo ya inevitable, hallará en la "Casa de Madres" uno de los remedios más eficaces.

Pero ¿curaremos con ello el mal, modificaremos las causas? No. Las raíces son hondas: No se renueva la sangre cortando el cáncer.

Afortunadamente, contra el cáncer social de la paternidad indigna de ese nombre, tenemos la autoterapia de la educación, de la instrucción.

Formemos hombres y mujeres, en la escuela, primero, y luego, en generación venidera, en el hogar y en la escuela juntamente; formemos seres humanos preparados para la vida tal como ella es; para la vida integral, intensiva, feliz; seres capaces de determinarse con libertad relativa y con responsabilidad plena, porque conocerán la realidad científica, porque basarán la moral racional y práctica en las leyes naturales de la vida y no en prejuicios artificialmente inculcados.

El porvenir de la especie y del individuo se encuentra, en germen, en el instinto procreador, el más poderoso de los instintos, el que, por permanecer ineducado, no ha salido aún de la animalidad.

Debemos hablar a los jóvenes con nobleza y valor, el lenguaje de la realidad sobre la cuestión sexual, sobre la reproducción de la especie, como del más esencial de los hechos biológicos y sociales.

Debemos hablarles científicamente, sin falsas vergüenzas y sin mentidos misterios. Nuestra enseñanza, vivificada por un poderoso idealismo, les hará admirar la belleza de las leyes universales en la generación.

Comprenderán la trascendencia del acto sexual y se sentirán penetrados por su vivificante poesía, al concebir el amor, origen de los más grandes goces y de los más grandes deberes, y su fin natural, la reproducción de la especie como la síntesis de la función más importante y de los sentimientos más nobles del hombre. Por inconsciente error pedagógico el adulto atribuye al adolescente sus propias ideas, sus propios sentimientos. Nadie tan capaz como el niño de sentir la emoción religiosa, humana, de lo realmente grande.

Así, antes que la "gran profanación" comience, se habituará al niño a considerar ese hecho con veneración y verdad; sentirá nacer, instintivamente, en esa relación de causa a efecto, el sentimiento de la responsabilidad, que es la moral de la existencia.

La pureza no estriba en la ignorancia, sino, al contrario, en la verdad de las relaciones con la naturaleza: A esa "verdad natural", por otro nombre "justicia", está reservado el reino de la libertad de acción.

Con verdadera fé en el poder de la "verdad natural" como educadora, pues he observado en mí sus efectos bajo la genial dirección de Miss Mary O'Graham en la Escuela Normal de La Plata, en cuanto supe, por intermedio del doctor Súnico, que en París, en el Tercer Congreso Internacional de Higiene Escolar, iba a debatirse, en Sesión Plenaria, la "clef de voûte" de la educación integral — la educación sexual — abandoné mis intereses particulares por aprovechar, de cerca, los beneficios de ese interés humano.

Anhelantes, cerca de 2000 congresistas, esperaban esa Sesión, la más deseada de todas por la vital importancia del tema. Había dos relatores oficiales: el doctor Chotzen y el doctor Doléris, a quien conocí en Buenos Aires como delegado francés ante el Congreso Científico de nuestro Centenario.

Presidida la Sesión por Gustavo Lanson y honrada con la presencia del Presidente del Congreso, doctor Albert Mathieu y del Secretario General, doctor Dufestel, se empleó todo el tiempo disponible en leer las dos comunicaciones oficiales, calificadas como excelentes por la mesa. Y, sin dar lugar a discutir las conclusiones, la Presidencia declaró levantada la sesión.

¡Imaginad cómo recibiría la asamblea resolución semejante! En masa protestó.

Como no se tomara en cuenta su protesta, me hice oír en mi carácter de delegada oficial Argentina y de delegada del Comité de Higiene que preside el doctor Méndez, haciendo constar que no estaba de acuerdo con todas las conclusiones sentadas por el doctor Chotzen y que exigía fueran ampliamente discutidas.

Tratábase de dar como base, a la educación sexual, una religión dogmática cualquiera de las existentes; de no declarar esa educación obligatoria y colectiva; de hacer primar el derecho de los padres sobre el derecho del Estado si la educación sexual se llegara a dictar en las escuelas.

El doctor Mathieu, ante mi insistencia, propuso postergar la discusión para dentro de tres años, cuando se reuniera en Buffalo el IV Congreso Internacional de Higiene Escolar. Gustavo Lanson objetó que, al discutir ampliamente esas conclusiones heriríamos prejuicios morales y religiosos.

Con todo y contra todo, no cejé en mi propósito: ¿Con qué derecho aplazaríamos por tres años el buscar honradamente la verdad? ¿Veníamos a aceptar, ciegamente, sin discusión, dogmas científicos?

Nos habíamos reunido, costeándonos desde tan lejos, muchos, para luego desertar como gorriones asustados ante el espantapájaros de los prejuicios?

No sé cuánto tiempo luché esa mañana. Sentía, sin verlo, que la Asamblea, en masa, me apoyaba.

Indecible la expectativa del inmenso público ante esa segunda sesión plena al fin concedida.

Durante horas, que me parecieron minutos, sola casi, el doctor Doléris se excusó de asistir, refuté las conclusiones del doctor Chotzen demostrando que el núcleo del mal que se trataba de poner en evidencia estaba precisamente en el prejuicio religioso del pecado; en esa denominación absurda de órganos y de funciones vergonzosas; en esa reacción cristiana, útil dique en sus comienzos, que detuvo la ola corrompida de la civilización romana en decadencia, pero que, llevada a exageraciones perjudiciales, motivó el error funesto de creer que el pudor consiste en la ignorancia.

Aceptaba como verdad fundamental que la educación sexual debe tener una base religiosa.

¿Pero cuál? ¿Qué criterio pragmático nos permitirá reconocer cuándo la idea, cuándo el sentimiento religioso son o no humanamente verdaderos?

Todo sentimiento, toda idea religiosa es buena — eleva la espiral ascendente de la vida — cuando expande la conciencia de la fuerza individual; cuando facilita la comunión de la energía interna con la energía externa; cuando eleva, cuando exalta la personalidad haciéndola más digna ante ella misma; cuando guía hacia ese amor que nos procura el sentimiento más elevado de potencia; cuando acrecienta la confianza en nosotros mismos; cuando, al individualizarnos cada vez más, nos hace más y más universales; cuando despierta y aviva el orgullo de vivir dignamente la vida; el orgullo de castigarnos y de recompensarnos a nosotros mismos por la sola aprobación o reprobación interna;

el orgullo de sentirnos causa activa en busca del ideal individual, social o cósmico — ahora que es moda el hacer gala de profesar esa reminiscencia del fatalismo, encarnada en el incompleto determinismo actual.

Se acrecentará así la admiración del cosmos y de la potencia infinita en él desplegada, núcleo de la religiosidad.

Establecen, por oposición, que todo sentimiento, toda idea religiosa que marca un descenso en la espiral de la vida, deprimiendo la personalidad; incitando a desconfiar de nuestras propias fuerzas; señalando como finalidad de nuestra vida un “más allá de la vida misma”; deslumbrando con ilusiones; deformando hasta el absurdo lo natural al engendrar y alimentar prejuicios; y, sobre todo, colocando el centro de gravedad psíquica, la voluntad de potencia, fuera del hombre mismo, haciéndole vislumbrar una posible intervención divina, no es más que una alteración morbosa de la personalidad.

Hice ver que religión y ciencia son antagónicas siempre que la religión no eleve el tipo humano exaltando su fuerza de voluntad, vivificando su confianza en él mismo, haciéndole desear el sentir sobre sí el peso de las grandes responsabilidades, desarrollando en él los instintos vigorosos de la vida de los que emerge la dicha por la expansión, por la comunión de la energía interior con la energía colectiva; como toda religión, en sus comienzos, es la síntesis de necesidades, de aspiraciones que la ciencia aún no ha llegado a satisfacer. Así comienzan por ser el patrimonio de esa gran consoladora de la vida, de la imaginación, que todo lo animó, que todo lo personificó, hasta que la reflexión, la comparación y la generalización abstrayeron al hombre del mundo y de los ritos.

Por eso es cierto que el hombre, al admirar e interpretar lo que le rodea, no ve falso: ve limitado.

Las ideas conducen al mundo hasta cuando son re-

chazadas por los individuos en particular, gracias a la modificación progresiva de los instintos por la reflexión acumulada en el tiempo y generalizada en la raza. Así el argumento que hoy no logra convencer al creyente acabará mañana por disolver la creencia. Quizás el medio de amar y de comprender mejor las religiones estriba en salir fuera de ellas.

Cuanto más nos elevemos sobre las religiones sistematizadas, tanto mejor las comprenderemos y tanto más admiraremos lo humanamente grande que ellas encierran, aún cuando ese ideal sea un ideal extraviado en la actualidad.

Pero no hay obra más sana y valiente que la de perseguir el mal, sobre todo el mal inconsciente, extraviado, del fanatismo que se difunde con tanta mayor facilidad cuanto más incultas son las masas a que se dirige y cuanta mayor es la buena fé, cuanto mayor es la exaltación y firmeza de creencias del que lo propala.

Y está probado que, entre las emociones mórbidas, ninguna encierra una tendencia más marcada a propagarse rápidamente bajo la forma epidémica que la pseudo-religiosidad.

La humanidad ha sido nutrida durante siglos y siglos por un ideal contrario a la vida. Debemos reaccionar, condenando como mala toda idea religiosa — por bella y consoladora que sea, en apariencia — si contiene la negación o la deformación de la vida tal cual nos es dado conocerla.

Debemos impedir que ese andamiaje que la ciencia abandonará definitivamente cuando llegue, en su conquista de la realidad, a ser la síntesis integral de las necesidades y de las aspiraciones humanas, que esos esfuerzos impotentes de la razón por guiar inducciones extraviadas, que esas supersticiones y prejuicios constituyan el principal alimento de la débil inteligencia infantil.

Demostré cómo, el hombre, no osando atribuir a

sus propias fuerzas los grandes momentos de su vida, imagina que, en determinados casos, su ser pasivo influido, subyugado, por una personalidad más potente, triunfa gracias a ese estímulo externo. He aquí a la pseudo-religiosidad deprimiendo el concepto de "ser humano". En los momentos que el hombre marca la línea ascendente de la vida, esa religiosidad divide en dos la causa del acto, dejando, para el hombre, la pasividad fácil y deprimente, y para el dios personal, la actividad superior y estimulante.

Así, hasta hoy, lo inconsciente, lo profundamente humano, la exaltación creadora del artista, por ejemplo, es atribuida, por él mismo, a la inspiración, a ese algo externo que se posesiona de él, sin saber cómo.

Demostre cómo toda creación de un dios antropomórfico, toda idea de intervención divina ocasional, toda desorbitación de la voluntad de potencia, centro de gravedad de la psiquis, no es más que una alteración morbosa de la personalidad basada en un sentimiento de miedo, de terror ante la potencia inesperada del yo.

Hice ver que religión y ciencia son antagónicas, siempre que la religión dé ilusiones por verdades, siempre que afirme como infalible más allá de lo demostrable y, sobre todo, contra todo lo demostrado.

Las concesiones hechas a lo absurdo, a lo relativo, suelen ser necesarias en las cosas humanas, pero no son más que transitoriamente necesarias.

La verdad evoluciona, la verdad se hace, lenta pero constantemente como se hace la vida de la que la verdad es el alma.

El progreso de la religión es, pues, un progreso del sentimiento que fusiona la causa interna con la causa externa, y el progreso de las ciencias es un progreso del conocimiento de esas causas. Así entendidas, religión y ciencia, lejos de excluirse, se complementan.

Y es esa religión humana la que reconocía como base indispensable de la educación sexual.

En cuanto a las conclusiones por las cuales el doctor Chotzen hacía primar el derecho de la familia sobre el del estado, si la educación sexual llegara a ser implantada en las escuelas, reconocí que, si no hay maestros capaces de dar hoy la educación e instrucción sexual— hecho incontrovertible — menos, aún, hay padres en estado de comprenderla y de aceptarla siquiera; que el Estado debe difundirla, ya que es una necesidad vital, comenzando por preparar maestros y por convencer a los padres — por medio de conferencias universitarias y populares, libros, revistas, artículos de periódicos — que el primero y más sagrado de los deberes que tienen hacia los que de ellos recibieron vida es el de hacerlos aptos para transmitirla en las mejores condiciones mentales y corporales; así los padres inculcarán a sus hijos, como un dogma, que se comete un crimen al dar vida a un ser en desventajosas condiciones fisiológicas o mentales, morales o sociológicas.

Porque es el devenir de la raza, es el hijo lo que nos interesa en la cuestión sexual.

Expuse las bases morales y científicas de la educación e instrucción sexual, demostrando que debe comenzarse desde que se enseña a vivir, iniciación religiosa que incumbe a la familia, base de la iniciación científica que corresponde a la escuela. Demostré cómo la enseñanza toda debía estar animada por ese espíritu, sin constituir la educación e instrucción sexual una rama especial en los programas científicos. Trátase de una orientación, de un punto de arribo. Toda ciencia tenderá a hacer más humana, más natural la vida del hombre, descartando prejuicios y misterios, buscando honradamente la verdad.

Luego contesté contra-réplicas, volviendo a exponer bajo otra luz las bases morales y científicas (lo que llamo “religiosidad humana”) de la educación e instrucción sexual; hice revivir el espíritu de enseñanza de “la maestra”, de Miss Mary O. Graham; arrastré a la mesa

a aprobar mis conclusiones, hechas votos del Congreso por esa sesión plenaria — todo en medio del más frenético entusiasmo por parte de la Asamblea, — y, lo que es más significativo, por tratarse del Presidente de la sesión, por parte del sabio doctor Malapert, quien no cesaba de interrumpirme aplaudiendo.

Convencida, por haber experimentado en mí misma la influencia santamente benéfica de la educación sexual, quise hacer todo lo posible por difundir ese espíritu de enseñanza entre nosotros y solicité en la Facultad de Filosofía y Letras la suplencia de la Cátedra de Ciencia de la Educación, con el sólo objeto de dictar un curso sobre educación e instrucción sexual. Con gran sorpresa de mi parte, se me niega el derecho a presentarme a concurso para optar la suplencia, por el solo hecho de que soy mujer. Y como la Facultad es autónoma, aunque tenga a mi favor opiniones tan autorizadas como la del Excmo. Sr. M. de J. e I. P., preveo que, difícilmente, el C. S. U., a quien he recurrido en última instancia, solucionará el asunto en justicia.

Si la primer necesidad a llenar es el formar maestras, ¿cómo resolveríamos el problema, entre nosotros, por ejemplo?

Yendo de arriba abajo, dirigiéndonos a los más preparados para comprender el fin transcendente de esta enseñanza. A los alumnos-profesores que cursan el profesorado universitario en la Facultad de Filosofía y Letras, en la Escuela Normal Superior, en la Facultad de La Plata. Dictar, para ellos, un curso de Higiene Integral, un curso de Ciencia de la Educación, haciendo resaltar, siempre, que no se trata de desarrollar un programa de educación e instrucción sexual, sino de hacer converger hacia esa resultante todos los programas y, sobre todo, de animar esa enseñanza con un elevado, religioso idealismo. Hacerles palpar los funestos resultados de la instrucción sexual no acompañada por la

educación sexual, mostrándoles cómo, entre los estudiantes de Medicina, por ejemplo, que reciben tan sólo la instrucción sexual, el porcentaje de enfermedades venéreas es mayor que en el resto de la juventud.

Discutir con ellos la necesidad de la coeducación primaria para que la educación sexual, obligatoria, pública y colectiva, sea moralmente provechosa.

Presentar el problema de la coeducación en la enseñanza secundaria, aunque es un hecho que, física y moralmente, la edad más peligrosa oscila entre los 13 y los 18 años, edad que corresponde, por atavismo, a la fase amor-salvaje de nuestra especie, es probable que, preparado el ambiente, formados los maestros, ensayada la coeducación durante un decenio, por ejemplo, en la escuela primaria, fueran contrarrestados, en absoluto, los malos resultados que, hasta hoy, ha dado la coeducación en esa edad de la vida. Hacerles ver que, tratándose de algo tan complejo, tan profundo, tan vital como es lo que al sexo atañe, no pueden esperarse buenos resultados si la experiencia no se hace en inmejorables condiciones.

Suponiendo, en el peor de los casos, que la coeducación, durante varias generaciones, fuera un ideal en cuanto a la enseñanza secundaria, eso no sería un obstáculo para el desarrollo de la educación e instrucción sexual. Precisamente, después que el niño ha sido habituado a estudiar la ley de la vida, de la fecundación, del desarrollo, del amor, en la reproducción de las plantas; en las clasificaciones científicas, que casi todas se basan en los órganos de reproducción; en la vida de los insectos; cuando ya ha sido abierto el camino, en la Escuela Primaria, para explicar la reproducción en el reino animal, insistiendo siempre en la ley de amor, de sacrificio, de belleza, de expansión que encierra en sí el procrear; cuando, por fin, al estudiar anatomía y fisiología humana, se ha llegado a constatar que el hombre, animal vivíparo y mamífero, no escapa a la ley universal de la procreación; cuando, recurriendo a la historia,

han pasado ante los ojos infantiles, tan fácilmente desbordantes de amor y de admiración, la historia de la familia a través de la humanidad, la lucha del padre por defenderla, la de la madre por afianzarla; cuando de toda esta enseñanza primaria — verdadero curso de fisiología universal, de higiene humana y de moral práctica — haya surgido la ley de la vida en la naturaleza, rehaciéndose siempre, avanzando triunfante gracias al trabajo eterno de la ovulación, recién habrá llegado, lenta y naturalmente, el momento de especializar esa instrucción, esa educación sexual; que ahora sí constituirá, en la enseñanza secundaria, una rama del curso de higiene integral, a cuyo frente estará alguien que reúna a su título de médico, de psicólogo y de sabio, el de padre de familia.

Presentado así el problema, véase cuán absurda es la pregunta que me fué hecha en la Sesión Plenaria del Congreso Internacional: “¿Cuándo y cómo se dará esa enseñanza?” Pero si es lo mismo que si se preguntara cuándo y cómo enseñaremos moral o enseñaremos a amar. Eso se enseña siempre, en toda ocasión: eso es un punto de arribo, una resultante; eso anima, vivifica la enseñanza toda, en la familia, en la escuela, en la sociedad, en el mundo. ¿Quién no vé que, ante este ideal, es real y verdadero el sacerdocio del mastro?

Así encaminados, los estudiantes del profesorado universitario, comprenderán la necesidad de la bifurcación de la enseñanza sexual, en los colegios nacionales y Escuelas Normales, cuyos alumnos experimentan ya la necesidad de verse científicamente orientados como hombres y como mujeres.

Esta educación fortalecerá, en la mujer, el contralor de la razón para que ésta domine la emotividad exagerada, la superexcitabilidad nerviosa que ha permitido definir su psicología como la psicología de los extremos.

Como mujer y madre son sinónimos, esta educación

sexual enseñará a la mujer a saber amar a sus hijos, pues nada es tan peligroso como el amor mal orientado. Ante todo les demostrará que nadie tiene derecho de dar vida a un ser en condiciones anómalas. Desarrollará, ante ellas, la situación legal y social del hijo espúreo; demostrará que es por cobardía, jamás por amor, que la mujer pierde el derecho de ser llamada con justicia "madre". La ley de la herencia les será explicada como ley higiénica para combatir el alcoholismo, la tuberculosis y, sobre todo, la sífilis. Recibirá consejos de higiene individual referentes a los órganos y a las funciones sexuales; al embarazo, a las enfermedades venéreas. Técnica y prácticamente estudiará la puericultura.

Así se desarrollará en la mujer el sentimiento de la responsabilidad, de su dignidad como persona humana; el respeto hacia sí misma, el instinto de solidaridad universal.

Con datos estadísticos, con pruebas biológicas, se demostrará que el hijo tiene derecho a la leche materna; que la situación económica de la madre nodriza es tan esencial, que el Estado debe subvencionar a la madre pobre para que sea la nodriza paga de su propio hijo.

Hará comprender y amar la necesidad de instituciones sociales como las salas-cunas, los jardines de infantes, futuros anexos de todas las escuelas, donde las madres obreras dejen a sus hijitos bajo el amparo de la juventud sabiamente orientada y vigilada por la ciencia.

Ante los resultados prácticos, individuales y colectivos, las jóvenes opondrán el feminismo actual, que tiende a masculinizarlas, el eterno femenino que las hace madres en toda ocasión de la vida y, llenas de amor y de respeto ante la maternidad desvalida, exigirán del Estado un servicio femenino obligatorio que haga, de cada alumna de las escuelas públicas, la hermana mayor y la madrecita del hijo del obrero.

Allí las jóvenes comprenderán que, aunque hasta

hoy, por razones de herencia sexual y de educación, que serán fácil pero lenta, muy lentamente descartadas en adelante, el hombre ha llegado a un desarrollo intelectual incuestionablemente superior — mujer y hombre son, en esencia, dos seres diferentes, equivalentes, complementarios — que hay progreso sexual cuanto más se ahondan las diferencias entre ambos sexos por acentuación de los caracteres específicos: y que el carácter específico de la mujer es la maternidad.

Así se planteará humanamente el problema de los sexos, ante el cual todos se han perdido en discusiones de detalles sociológicos, económicos, religiosos o absurdamente igualitarios, cuando no se trata de una cuestión de antagonismo sexual sino, por el contrario, de completar, en la pareja humana, al ser humano.

En cuanto a los jóvenes, es indispensable basar esta educación en un estudio profundo de la herencia morbosa, insistiendo fundamentalmente sobre las enfermedades venéreas, sobre su transmisión y consecuencias.

Haciendo un llamado a la poderosa inteligencia práctica del hombre, se estudiarán los mejores medios tendientes a suprimir las taras sociales, los atentados a la ley natural, mal llamados “males necesarios”: la prostitución y su derivado, la sifilización de la raza humana.

Despertando el orgullo de vivir, tan natural en la juventud, se le hará palpar cuánta miseria, cuánta degradación, cuánta animalidad se encierra en la compra del placer.

Educando su voluntad, la psicología le demostrará que el apetito sexual no es incoercible; que el dominio de sí mismo es la base de la salud; que no hay tal fatalismo en el amor; que la irresponsabilidad del hombre o de la mujer tienen un sólo nombre: cobardía.

Generando el sentimiento de la responsabilidad, se le hará comprender que si es criminal el abandonar al

hijo, es tanto más criminal el contagiar a la madre una enfermedad venérea o el acentuar en el hijo la degeneración física o mental del padre.

Se le hará aceptar teóricamente, en absoluto, que, para que el acto sexual reúna todas las condiciones que exigen la moral y la higiene, el interés de la especie y el de la sociedad, es necesario que sea, en lo posible, libre y voluntario; libremente deliberado; reflexivo, voluntariamente llevado a cabo; voluntariamente aceptado con sus riesgos y con sus consecuencias, con sus responsabilidades y con sus deberes.

Y la ley, que es a las costumbres lo que la verdad es a la experiencia, sancionará todas las responsabilidades que nazcan del acto sexual que llegará a ser, en sí mismo, un contrato tácito

Y recién, educada integralmente la pareja humana, sentirá pesar sobre ella la responsabilidad de la vida intensa, sagrada, fecunda, tanto más expansiva, tanto más universal cuanto más profunda, cuanto más humanamente individual sea.

RAQUEL CAMAÑA

Buenos Aires, Octubre 31 de 1910

Conclusión

La Sociedad de Higiene formula un voto porque en todo instituto superior del profesorado se incluya, en los programas de Higiene y de Ciencia de la Educación, la educación e instrucción sexual.

Modificada

Buenos Aires, Octubre 31 de 1910

La Sociedad de Higiene formula su voto porque en los programas de Higiene y de Ciencia de la Educación se incluya "la educación e instrucción sexual", en los Colegios Normales, Liceos, Escuelas Nacionales e

Institutos Superiores del Profesorado, Fac. de F. y L.,
Facultades de L. Pl., Esc. N. Sup., Inst. S. Educ. Se-
cundaria, etc.

Conclusiones

a) El Estado debe implantar la educación sexual obligatoria y colectiva.

b) La coordinación y la sistematización de los programas de ciencias naturales serán la base de la coeducación en la Escuela Primaria.

En V y VI grados se enseñará Anatomía y Fisiología no asexuadas, haciendo resaltar que la finalidad de la procreación humana es la educación integral del hijo.

c) En la enseñanza secundaria la educación sexual se especializará con cada sexo y se basará en las leyes biológicas de la herencia, de la selección y de la educación. En la estirpicultura y en la puericultura.

d) Por medio de libros, de artículos, de revistas, de conferencias universitarias y populares se convencerá a los padres de familia que el primero y más importante de sus deberes es la educación sexual de los hijos.

RAQUEL CAMAÑA

Mayo 1910



Discurso pronunciado en nombre de las discípulas de Raquel Camaña

El paso de los hombres por este mundo es como el de las flores que se abren por la mañana y al atardecer pagan su tributo al creador inclinando sus débiles corolas. La vida se desliza como la corriente de un río. Nada puede detener al tiempo que arrastra en pos de sí todo lo que debiera ser inmóvil. Todo nos recuerda la muerte. Hasta la naturaleza celosa del bien que nos ha hecho al traernos a este mundo, nos manifiesta, despiadadamente por medio de su terrible emisario la muerte, que no puede dejarnos por más tiempo la poca materia que nos prestó al nacer. El hombre no parece haber nacido para gozar de la vida. No obstante se siente llamado a luchar, a hacer el bien constantemente, a adquirir nuevos conocimientos, a perfeccionarse en todos sentidos. Pero esta labor no la puede terminar ningún hombre en este mundo, siendo tan breve su pasaje por la vida. Entonces, si sólo sale de ella para caer en el vacío, ¿cómo concebir que el ser infinitamente sabio haya podido formar una criatura tan distinguida para un fin tan poco digno de ella y de él? ¿Para qué le habrá dado facultades que no han podido desarrollarse enteramente? ¡Ah! Si se quiere encontrar en la creación del hombre esta sabiduría infinita que estalla en todas las obras del Creador, es necesario buscar en su vida y en sus obras todo aquello que haya sido benéfico a sus semejantes. Y esta obra benéfica la vemos hoy realizada en la vida de aquella que fué para todas nosotras, sus alumnas, una guía segura en la señorita Raquel Camaña.

Y es así como como hoy me encuentro designada en nombre de mis compañeras para rendir ante estos despojos queridos este sencillo homenaje a su memoria. Era ella aún nuestra profesora el año pasado, quien nos reunía en torno suyo para transmitirnos su ciencia

y con ella aquellos sabios consejos frutos de su exquisita sensibilidad. Si la madre ejerce en sus hijos saludable influencia, si es ella la que forma sus tiernos corazones, si es su nombre tan querido el último que exhala los labios del moribundo, ¿cuál no será la influencia ejercida por aquella santa mujer, la maestra tan amante como la madre y que, al igual de ella, forma corazones, eleva el espíritu, amplía cada vez más el horizonte de nuestras ideas y nos enseña un mundo antes desconocido; y si la distinguida profesora a la cual hoy rendimos homenaje ha cumplido hasta el sacrificio con estos deberes, ¿cómo no hemos de reconocer en ella una segunda madre?

Dolorosa es la pena que experimentamos, quedará grabada en nuestro espíritu de tal modo, que nada podrá aumentarla o disminuirla. Su muerte deja un vacío inmenso dentro de la sociedad toda. Buena para su familia, sensible al dolor de todos, amando a sus alumnas hasta el sacrificio, reconociendo sus méritos y pagándolos con un exceso de sabios consejos y amabilidad, hacíanos deslizar las horas como un soplo. Imposible nos sería encontrar palabras que expresaran a su familia el dolor que sentimos. No, su muerte nos penetra aún más en esta idea: la salud no es más que un nombre, la vida no es más que un sueño, la gloria sólo una apariencia, los placeres un peligroso divertimento. Sí, todo es vano menos las obras que dejamos.

Nadie como ella recibía mejor a todos, trataba como amigos al humilde, al pobre, al anciano, al desventurado; ¡a todos los amaba! Hacía olvidar la distancia social que la separaba de los demás para sólo dejar exhalar a su generoso corazón esa inmensa simpatía que la caracterizaba, pronta siempre a distribuirla entre ellos. Todos podían solicitar de su corazón palabras de aliento seguros de encontrarlas. Podemos decir que cerca de ella se respiraba la atmósfera vivificante de las cimas, y que nos dejaba a todos prontos a seguir nuestro camino con más coraje y con más firmeza. Deja, pues,

tras ella, una centella luminosa y un recuerdo imperecedero, que ni el correr veloz del tiempo podrá borrar.

En esta vida, en este destino sin igual algo resalta: y es que en materia de bondad todos pueden no diré realizar prodigios, pero sí por lo menos ejercer una acción fecunda con sólo querer y amar. ¡Cuánta gente, ante la desgracia del prójimo, se expanden en sentimentalismo vacío, deplorando el no tener tiempo o carecer de salud! Ella no era así. Sólo con un amor profundo servido por una voluntad férrea, sin otras armas ha podido vencer la indiferencia de sus alumnos, inculcarles en sus corazones las ideas de justicia, amor y piedad. Su labor se ha transformado en nosotras en instituciones permanentes. Pero lo más hermoso que nos ha legado es su ejemplo que permanece entre nosotros como un generoso fermento. Las ideas que ha distribuido forman parte hoy de nuestras conciencias. Los sentimientos que ha desarrollado han dulcificado y enternecido nuestras almas y nos ha enseñado a vencer todos los obstáculos.

Tal es el contagio de la bondad. Valiéndose sólo de una persona, es capaz de trazar su camino al través de la sociedad y de los siglos. Esto es lo que conservará a la señorita Camaña su seducción poderosa y saludable. Ninguna vida mejor que la suya nos hace comprender a qué punto toda hermosa y buena acción posee en ella misma la voluntad de propaganda infinita.

Cuando se ha llegado al puerto, cuán dulce es traer a la memoria los recuerdos de tempestad y de tormenta. Cuando se ha salido vencedor en la carrera de la vida, qué hermoso es mirar hacia atrás para ver de nuevo lo bueno que hemos realizado.

Dios hace y es el dueño de todo. ¿Y qué mal fin le cabe a una persona que lo sabe y ama todo lo que Dios hace!

Higiene psíquica

Toda religión — y entendemos por tal las concreciones mitológicas como ensayos de explicación de la naturaleza, la organización de las creencias imaginativas en un cuerpo de doctrinas y de dogmas, y la fijación del culto en un sistema ritual — por intuir el enlace de los fenómenos naturales, por encerrar una cosmología embrionaria, por implicar una metafísica después de pasar por los períodos psicológicos de la imagen concreta, de la abstracción y generalización medianas y de los altos conceptos engendrados por el sentimiento intelectual, al constituir una de las fases iniciales del conocimiento, al ser para la humanidad, según la frase feliz de Renan, lo que la nidificación es para los pájaros, levantó en andamiaje de la ciencia.

En su origen, la concepción de las divinidades fué la objetivación psicofísica del hombre en todos los fenómenos que él alcanzó a percibir.

La religión le fué sugerida por las cosas mismas: fué la reacción natural y espontánea de su afectividad, de su pensamiento, de su instinto de solidaridad universal, de la ley de gravitación psíquica, ante la acción ejercida sobre él por el mundo exterior.

Los dogmas especiales que presentan las religiones, y por los cuales están en conflicto con la ciencia, expresan, en realidad, no revelaciones sobrenaturales, sino el esfuerzo del espíritu humano para representarse, de una manera conforme a su desarrollo y a sus hábitos, la gravitación de lo absoluto, de lo infinito, cuyo sentimiento le es impuesto por la contemplación de la naturaleza.

El hombre, al admirar lo que le rodea, no ve falso: ve limitado.

Toda religión es la síntesis de necesidades, de aspiraciones que la ciencia aún no ha llegado a satisfacer. Así comenzó por ser el patrimonio de esa gran consoladora de la vida, de la imaginación que todo lo animó

que todo lo personificó hasta que la reflexión, la comparación y la generalización abstrayeron al hombre del mundo y de las cosas.

Las primitivas, groseras religiones, fueron superposiciones sistematizadas bajo la influencia de la necesidad y de la pasión.

En principio, fueron el conjunto de leyes que regulan las acciones y reacciones sociales entre los hombres y las supuestas potencias superiores.

Y esas leyes fueron concebidas a imagen y semejanza de las que rigen las relaciones comunes entre los hombres cuando el uno pide y el otro da: ruegos, ofrendas, respeto, sumisión agradecimiento, amor y miedo.

Luego las necesidades económicas, las relaciones familiares y sociales, la interpretación embrionaria de los fenómenos — que engendrará más tarde, el derecho, la sociología, la filosofía y las ciencias experimentales — se fueron cristalizando alrededor del terror que el despliegue de las fuerzas naturales inspira al hombre, y del deseo de conocerlas: así el egoísmo es la fuente del sentimiento religioso como lo es de todo lo esencialmente humano.

Y el miedo, la esperanza, el sentimiento de dependencia, la necesidad de protección, engendraron ensayos de explicación de lo creado, representaciones de orden intelectual alrededor de un núcleo afectivo. Y esa curiosidad, germen de la ciencia, llevó al hombre a interpretar, por analogía, asimilando esas fuerzas a voluntades externas al mundo.

Y la necesidad de comprender y la de vivir en sociedad, esencialmente humanos, vencieron el terror, engendrando la esperanza, la curiosidad y el deseo de dominar.

El hombre — ese animal que tiene sed de la realidad, que en su persecución es arrastrado fuera de él mismo — aspira, por intermedio de ella, a ser tan completo, tan íntimamente como le sea posible, un ser humano. Por

eso nada de lo que es humano, nada de lo que "es" deja de apasionarlo.

Por el sentimiento y por la idea, el hombre completa e implica el universo todo.

Y en ese poder de universalizarse, de limitar con la conciencia el todo que la formó, de irradiar desde ese centro hasta el universo entero, de objetivarse con sólo quererlo, de amar universalmente — base sobre la cual la imaginación edifica la liberación futura — ahí, en ese núcleo esencialmente humano, germinan el sentimiento y la idea religiosa.

La base de la religión es, pues, más que un principio transcendente, un principio inmanente que enlaza el yo y el no yo en viviente reciprocidad de pasión y de acción.

El progreso de la religión es un progreso del sentimiento que fusiona la causa interna con la causa externa. Y el progreso de las ciencias es un progreso del conocimiento de esas causas.

Así entendidas, religión y ciencia, lejos de excluirse se complementan.

Pero religión y ciencia son antagónicas siempre que la religión no eleve el tipo humano exaltando su fuerza de voluntad, vivificando su confianza en él mismo, haciéndole desear el sentir sobre sí el peso de las grandes responsabilidades, desarrollando en él los instintos vigorosos de la vida de los que emerge la dicha por la expansión, por la comunión de la energía con la enregía colectiva.

Religión y ciencia son antagónicas siempre que religión dé ilusiones por verdades, siempre que afirme como infalible más allá de lo demostrable y, sobre todo, contra todo lo demostrado. Hay una distinción capital entre el pensamiento religioso y el pensamiento científico: Si los dioses existen, no poseemos ninguna prueba de que se hayan jamás ocupado del hombre. La constitución del mundo está llena de intenciones, al menos aparentes; pe-

ro en los hechos y detalles nada hay de intencional. El estudio de la naturaleza muestra, netamente, al contrario, que todos los seres son tratados del mismo modo indiferente y feroz. La naturaleza se preocupa de la especie y jamás del individuo. El mundo nos revela, con su ausencia completa de plan reflexionado — aparente, al menos — esfuerzo espontáneo, como el del embrión, hacia la vida y la conciencia.

Desde la aparición de la conciencia, ha habido causa relativamente libre que ha usado de las fuerzas de la naturaleza para fines deseados; pero esta causa emana ella misma de la naturaleza; es la naturaleza volviendo a encontrarse, llegando a la conciencia.

La verdad evoluciona, la verdad se hace lenta pero constantemente como se hace la vida, y es que la verdad es alma.

Las concesiones hechas al absurdo, a lo relativo, suelen ser a menudo, necesarias en las cosas humanas, pero no son más que transitoriamente necesarias. El error no es el punto de arribo para el espíritu humano; si hay que contar con él, si es inútil el denigrarlo amargamente, por fortuna no es necesario venerarlo.

Los espíritus lógicos y de amplias miras serán seguidos por la humanidad. Basta que a las grandes ideas se les conceda los siglos que necesitan para transformar lentamente el medio intelectual, la atmósfera moral y social y si se les da tiempo suficiente para la acumulación total de sus acciones parciales.

Las ideas conducen el mundo hasta cuando son rechazadas por el individuo (en particular), gracias a la modificación progresiva de los instintos por la reflexión acumulada en el tiempo y generalizada en la raza.

Así el argumento que hoy no logra convencer al creyente acabará mañana por disolver la ciencia.

Antes de señalar al estudio crítico detenido los puntos vulnerables de las religiones antropomórficas — casi

sin excepción todas las existentes — procuraremos definir un criterio pragmático que nos permita reconocer cuándo la idea, cuándo el sentimiento son o no humanamente verdaderos.

Todo sentimiento, toda idea religiosa es buena — eleva la línea ascendente de la vida — cuando expande la conciencia de la fuerza individual; cuando facilita la comunión de la energía interna con la energía externa; cuando eleva, cuando exalta la personalidad haciéndola más digna ante ella misma; cuando guía hacia ese amor que nos procura el sentimiento más elevado de potencia; cuando acrecienta la confianza en nosotros mismos; cuando, al individualizarnos cada vez más, nos hace más y más universales; cuando despierta y aviva el orgullo de vivir dignamente la vida; el orgullo de castigarnos y de recompensarnos a nosotros mismos por la sola aprobación o reprobación interna; el orgullo de sentirse causa activa en busca del ideal individual, social y cósmico — ahora que es moda el hacer gala de profesar esa reviviscencia del fatalismo encarnada en el incompleto determinismo actual.

Se acrecentará así la admiración del cosmos y de la potencia infinita en él desplegada, núcleo de la religiosidad.

(Continuará)

RAQUEL CAMAÑA



ATENEO POPULAR

SOCIEDAD DE EXTENSION UNIVERSITARIA

Secretaría: PATRICIOS 384

BASES DE LA INSTITUCIÓN

I. — Queda constituida con el nombre de ATENEO POPULAR, una asociación de extensión secundaria y universitaria.

II. — Realizará sus fines por medio de conferencias de carácter general sobre temas científicos, literarios o artísticos, por la organización de cursos, creación de bibliotecas y publicará la revista HUMANIDAD NUEVA.

III. — Quedará excluida de su acción toda tendencia dogmática, desarrollándola sólo de acuerdo con el espíritu científico de la Pedagogía moderna.

IV. — La dirección de la sociedad estará a cargo de una comisión compuesta de las personas elegidas por la asamblea ordinaria, y durará un año.

La comisión nombrará de su seno un secretario general, un prosecretario, un tesorero, el director y administrador de la revista, y designará, periódicamente, un vocal para presidir sus reuniones y asambleas y hacer cumplir sus resoluciones.

Las asambleas extraordinarias serán convocadas cuando lo determine la comisión o lo solicite la tercera parte de los socios, y se celebrarán cualquiera que sea el número de socios presentes. La asamblea ordinaria necesitará la tercera parte de los socios para poder celebrarse, pero a la segunda convocatoria habrá número con los socios presentes.

Comisión Directiva

La comisión podrá sesionar con cinco de sus miembros.

Secretario general, José A. Mouchet; prosecretario, Mario Tirone; tesorero, Armando Moreau; vocales: Enrique del Valle Iberlucea, Antonio Zaccagnini, Martín García, Vicente Cacciatore, Pablo Groupière, Guido Anatolio Cartey, Margarita Curto, J. M. Ruibal, Felipe Borlandeli, Pascual Mediano, Constantino Rolón, Emilio González, Angel Fernández, Agustín Muzzio, ing. H. M. Levylíer, doctor Enrique Mouchet.

“LA INTEGRAL”

Academia de Corte, Confección, Lencería, Labores. Flores artificiales, Tejidos crochet, Encajes Bruselas, Irlanda, etc. - Corsés y fajas ortopédicas.

BERNARDO DE IRIGOYEN 1577

U. T. 3470, BUEN ORDEN

Directora: Sra. RITA MEDIANO DE RUMI

Patentada por el Superior Gobierno de la Nación

E. DEL VALLE IBERLUCEA

ABOGADO

Estudio: TALCAHUANO 417

(2.º PISO)

U. T. 4023, Libertad

Dr. Mouchet Enfermedades internas, nerviosas y secretas.

Aplica el “606”

Tratamiento de la tuberculosis por la yodo-tuberculina Sbarigia

VIAMONTE 2370-Consultas de 9 a 11 a.m.

PATRICIOS 384 - Consultas de 2 a 4 p.m.

Dra. Alicia Moreau

Enfermedades internas de señoras

CONSULTAS: DE 2 A 4 P. M.

ESMERALDA 983

Unión Telefónica 1630, Avenida

“LA CULTURA ARGENTINA” :- EDICIONES DE OBRAS NACIONALES

Dirigidas por el Dr. JOSÉ INGENIEROS

Libros de 450 páginas, formato 23 x 15 - Precio de venta \$ 2^m/_n

Mariano Moreno	Escritos políticos y económicos.
Domingo F. Sarmiento	Conflicto y armonía de las razas.
José M. Ramos Mejía	Las Neurosis de los Hombres célebres.
Juan M. Gutiérrez	Origen y Desarrollo de la Enseñanza Pública Superior

EN PREENSA:

Juan B. Alberdi	Estudios económicos.
Florentino Ameghino	Filogenia.
José M. Ramos Mejía	Obras completas.

Libro de 300 páginas, formato 18 x 12 - Precio de venta: \$ 1^m/_n.

Esteban Echeverría	Dogma Socialista y Plan Económico.
Juan B. Alberdi	El crimen de la guerra.
Juan B. Alberdi	Bases.
Domingo F. Sarmiento	Fuendo.
Andrés Lamas	Rivadavia.
Florentino Ameghino	Doctrinas y descubrimientos.
Agustín Alvarez	La creación del mundo moral.

EN PREENSA:

Olegario V. Andrade	Poesías completas.
Aristóbulo del Vall	Oraciones magistrales.
Agustín Alvarez	¿Acónde vamos?
Domingo F. Sarmiento	Argiropolis.
Francisco Ramos Mejía	El Federalismo Argentino.

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS

INSTITUTO INTERNACIONAL

DE

TELEGRAFÍA SIN HILOS

Cursos nocturnos - Enseñanza teórico práctica

Precios módicos

CANGALLO 1372